

# Retratos de la memoria

**N**OS LEVANTAMOS AL ALBOREAR, COMO ERA COSTUMBRE en la casa de mi abuela paterna, Dolores Bello Casañá. Estábamos en el batey del Central Soledad, en Jovellanos, provincia de Matanzas. Algunos veranos, aprovechando las vacaciones escolares, mi madre y yo pasábamos una corta temporada con mis abuelos y tíos en aquella casa con patio sombreado por aguacateros y mangos y ante la cual se trenzaban los raíles por los que, en temporada de zafra, día y noche rodaban los interminables convoyes que traían la caña al central desde las colonias más distantes. Aquel día —tendría yo siete u ocho años— viajaríamos en fotingo a Jagüey Grande, un pueblo próspero (mucha caña y varios ingenios había en su entorno) situado al sur de la provincia, en los umbrales de la Ciénaga de Zapata. Íbamos a hacerle la visita al tío Agustín, de quien se hablaba mucho en la familia y en los periódicos.

Al mediodía llegamos a Jagüey. De la casa de nuestro pariente recuerdo un soportal corrido y hondo que la separaba de la calle, dos ventanas enormes, enrejadas, y, adentro, un gran patio central lleno de luz y de plantas y, en una habitación silenciosa, una biblioteca infinita. Quizás junto al portón de entrada habría una placa de bronce que dijera «Dr. Agustín Acosta Bello, Abogado y Notario». Aquel remoto día vi por primera vez a Agustín: traje gris, cuello blanco (¿el de la camisa de su soneto?) y corbata, espejuelos con montura de carey y, lo que recuerdo mejor, una sonrisa invencible.

Agustín ostentó durante muchos años ese desconcertante título que es el de Poeta Nacional. Por liberal y burgués, la revolución de Castro se lo quitó para dárselo al popular y marxista Nicolás Guillén. (No le valió, para que le dejaran su pomposo título, ni su célebre poema «Las carretas en la noche», uno de los textos clásicos de la poesía cubana del siglo xx y que más antimperialista no puede ser.) De modo que la república de Cuba, que ha carecido

de tantas cosas útiles —por ejemplo, de un gobierno probo y de una genuina democracia—, ha tenido un Poeta Nacional «burgués» y otro «proletario».

A mediados de 1968, atacada de una virulenta fiebre democrática de la que sanó muy pronto, la Unión de Escritores quiso reunir en una jornada memorable, con motivo del centenario del Grito de Yara, a los grandes poetas de Cuba —por suerte solo a los vivos—, pensaran como pensarán políticamente. Invitaron a Agustín, que ya pasaba de los ochenta años. Al poeta David Chericián y a mí nos tocó ir a buscarlo a la ciudad de Matanzas, donde entonces, bastante olvidado, vivía lejos del mundanal ruido con su segunda esposa, una mujer mucho más joven que él y que en sus tiempos floridos debió de haber sido muy bella.

Agustín, concluido el encuentro de poetas en la UNEAC, antes de volverse a Matanzas cenó una noche en casa con mi familia. Mala época aquélla para invitar gente a comer porque la comida escaseaba y la poca que con suerte se conseguía en el mercado negro había que pagarla como oro en paño. La cena fue mezquina, pero Agustín estuvo espléndido en la sobremesa. Hablando de la Zafra de los Diez Millones, que ya se anunciaba a golpe de timbales y en favor de la cual sería enajenado el país, vaticinó, apoyándose en lo mucho que sabía de la materia, el estrepitoso fracaso que fue. Nos confesó que se iría pronto de Cuba, pero por complacer a su mujer porque, por su edad, él prefería quedarse a morir «en su casa de Descanso» (que así se llama la calle en que vivía en el recodo matancero de Marazul).

Junto a la puerta, ya despidiéndose, nos contó cómo había conocido a Rubén Darío. Lo conoció de espalda. Fue en el homenaje que los próceres criollos de la época le dieron al nicaragüense en el hotel Inglaterra, en 1910, en su última visita a La Habana. Agustín, que tenía poco más de veinte años, leyó en un periódico el anuncio de ese homenaje, y en tren se fue a la capital para conocer en persona a quien tenía por su máximo maestro. Llegó al hotel momentos antes de iniciarse el banquete. Allí estaba Darío rodeado de señores copetudos, y el joven poeta de provincia no halló modo ni coraje para acercarse a él. Agustín nos dijo que Darío era alto, robusto, de pelo negro y espaldas anchas, y que no le vio la cara. «Me puse muy nervioso y me fui sin vérsela».

*Matanzas, 3 de agosto de 1968*

*Al Sr. Manuel Díaz Martínez,  
en La Habana.*

*Querido Manolo:*

*Va una impresión, no muy profunda, de tu libro. Vivir es eso, a lo largo de sus poemas, nos va convenciendo de que, efectivamente, eso es vivir.*

*El poeta de tus libros anteriores sitúa en éste su trono, toma en la mano un cetro, y, —no rey, porque no eres monárquico— gobernador del verso, como te llamé, gobiernas el ritmo a tu antojo.*

*Tu libro es un aristócrata que se presenta muy bien vestido, pero negando que lo es. Toma la palabra, y la cascada, luminosa y sonora, esplende y suena.*

*Ah, pero un soplo helado abate las rosas con demasiada frecuencia. Es el soplo de la muerte. Casi no hay poema en que la palabra muerte no luzca su crespón de luto. Menos mal que los colores de la cubierta pretenden alegrar el recinto.*

*Los versos a tus padres son conmovedores en su preciosa sencillez. También la muerte sopla en ellos como una obsesión.*

*Hallo que tu libro es triste, y que tú mismo lo eres. No es la variable y a veces falsa tristeza de los poetas, sino la reflexiva y casi permanente melancolía de los pensadores. En las horas en que anduvimos juntos —¡cuán gratas fueron!— te vi sonreír muy pocas veces. No un aire preocupado, sino un aire pensativo es el tuyo, y se refleja en los versos. Y tu barba, un poco castrense, te da el aspecto de capitán de un ejército ilusorio. Se piensa en Gutierre de Cetina.*

*Sé que no crees en Dios, como David tampoco cree; pero es porque no quieren comprender que han sido ungidos por Su mano, y que esa chispa divina que ambos poseen, y de la que son cordiales dadivosos, proviene de Él. No me creas por eso muy amigo de Roma.*

*Mi admiración y mi cariño te van en un abrazo.*

Agustín Acosta

Un día de 1956 me entregaron, en la redacción del periódico *El Mundo*, una carta de Regino Pedroso. Agradecido de que en un artículo publicado en aquel periódico yo defendiera su título, cuestionado entonces por algunos, de iniciador en Cuba de la poesía social de carácter proletario, el autor de *Nosotros* me expresaba su deseo de conocerme. Me halagó la carta y me emocionó la proximidad del encuentro personal con Pedroso, a quien tenía yo más como leyenda que como criatura de carne y hueso.

Lo llamé por teléfono y concertamos una cita en su casa. Residía Pedroso en la última planta de un viejo edificio situado en la calle Concordia esquina con Infanta. A las dos de la tarde de un sábado toqué a la puerta de su apartamento y a los pocos segundos tuve ante mí a un hombre enjuto, de porte elegante y piel muy oscura y tersa. Su rostro, de líneas angulosas y delicadas, proclamaba la aleación de negro y chino de que estaba hecho. Lo que atrajo de inmediato mi atención fue la natural e impecable fineza con que se desenvolvía este ex jornalero agrícola y ex mecánico ferroviario. Otro rasgo muy característico de Regino, que también atrajo pronto mi atención, fue su manera de hablar. A cada momento interrumpía el discurso, como para subrayarlo, con la palabra «sabe» repetida dos o más veces en tono de pregunta y pronunciada tan deprisa que se oía ¿ave?, ¿ave?. Además, antes o en medio de algunas frases, emitía un aullidito digamos que asiáticamente irónico.

Después de abrazarme como a antiguo camarada, Pedroso me llevó a su estudio, situado al fondo de la casa. Era un gabinete pequeño, decorado con dos impactantes acuarelas droláticas de Carlos Enríquez —mujeres fornicando

con caballos— dedicadas al poeta. Apenas cabían allí un escritorio, dos sillas y un estante con libros. Una ventana proyectaba sobre nosotros el violento resplandor de la tarde habanera. Conversamos. Para ser exacto debo decir que habló Regino y yo me limité a escucharlo, que fue lo más sensato que hice. Regino era un conversador memorioso y rico de mundo.

En aquella plática, Regino evocó sus pasos iniciales en la vida literaria y política de los «días tumultuosos» de los años veinte y treinta y sus relaciones con Rubén Martínez Villena, Juan Marinello y otros «viejos amigos de las bellas rutas distantes». Gracias a esas evocaciones conocí, de fuente original, algo de la *petite histoire* de su generación, tan cubana y audaz.

Me despedí de mi acogedor amigo al anoecer, pensando que me había incorporado un instante sin olvido. Al bajar a la calle me llevaba bajo el brazo un ejemplar de *Nosotros*, otro del *Bolívar* y otro de *El ciruelo de Yuan Pei Fu*, los tres dedicados con generosidad. El de *Nosotros*, según me dijo Regino, provenía de un paquete salvado por Martínez Villena de la requisita hecha por la policía machadista en 1933. Me contó cómo Rubén había sacado ese paquete de la imprenta momentos antes de llegar la *porra* de Zubizarreta, el ministro de Gobernación de Machado.

Veintiséis años más tarde, en 1982, hablé con Regino por última vez. Fue en su casa de Buenavista, situada a dos manzanas de la de mis padres. Me recibió en la sala, entre biombos chinoscos y sentado en un sillón de metal. Los años habían hecho crueldades en aquel hombre que durante mucho tiempo dio la impresión de no envejecer. Ya casi no veía ni oía, y le costaba hablar. Pero la inteligencia y la elegancia le seguían siendo fieles. Se refirió, divertido, al último premio oficial, «otro más», que le acababan de dar a Nicolás Guillén, su bestia negra desde la época en que el partido comunista, en el que militaba en los años treinta, le reprochó el escepticismo que destila *El ciruelo de Yuan Pei Fu* y le puso en las manos a Guillén el cetro de la poesía proletaria. «Si a este muchacho», se refería a Nicolás, «se le ocurre ponerse a la vez todas las medallas que le han dado, se va a hundir en la tierra, ¿ave?, ¿ave? Espero, eeh, que no se las echen en el sarcófago el día que se muera, porque no habrá, ¿ave?, ¿ave?, quien levante semejante peso».

Y fue esa tarde, también centelleante como aquella en que nos conocimos, cuando Regino me dio esta queja sin consuelo: «Toda la vida pensando que al llegar la vejez podría dedicarme a leer los libros que la vida con sus exigencias no me permitía leer, y llegar a viejo así, sin poder leer ni casi poder oír cuando me leen... Francamente, chico, nunca sospeché que esto sucedería, ¿ave?, ¿ave?, eeh, nunca lo sospeché».

Cuando publiqué mi segundo libro, *Soledad y otros temas*, en 1957, alguien me dio la dirección de la casa de Manuel Navarro Luna en Manzanillo y allí le envié al poeta un ejemplar con una carta. Navarro estaba perseguido por los Tigres de Masferrer, la banda de sicarios batistianos más temible de la zona de Niquero y Manzanillo, y se hallaba escondido sabe Dios dónde, por lo cual no tuve respuesta suya hasta enero del 59. Con su carta, que copio a continuación, recibí un ejemplar de *La tierra herida*:

Manzanillo,  
Enero 9 de 1959.

Sr. Manuel Díaz Martínez,  
Diez de Octubre, 1266,  
Apartamento número 2,  
La Habana.

Poeta:

1.- Acabo de recibir su bello libro Soledad y otros poemas. Un abrazo de sincero y vivo agradecimiento por su envío. Correspondo a él con un ejemplar, dedicado a usted, de La tierra herida.

2.- A pesar del ajeteo brutal de estos momentos —¡al fin no tenemos que estar escondidos!— no he querido dejar para luego el acuse de recibo de su valioso libro en el cual, entre muchos espléndidos poemas, el «SONETO DEL OBRERO» bastaría para consagrar a cualquier poeta de estos tiempos.

«Por nuestros brazos baja Dios al mundo»...

3.- Así es. Aunque no lo quieran quienes no quieren que así sea. Si lo quisieran... imagínese usted. Se les vendrían al suelo los crucifijos y las sotanas. Y algo más. Pero, a la vez que andamos nosotros, también anda el camino. Al fin de todo —de todo lo malo— se reconocerá que, efectivamente, por donde Dios baja al mundo es por el brazo de los obreros.

Ségame suyo, con un fuerte abrazo,

Manuel Navarro Luna

El mismo año en que triunfó la revolución, Navarro organizó en Manzanillo un gigantesco acto de masas por la unidad revolucionaria al que invitó a políticos, periodistas, científicos, líderes sindicales, artistas y escritores. La consigna del momento era la unidad en defensa de la revolución. Un día se recibió en el periódico *Noticias de Hoy*, en el que entonces yo trabajaba de reportero, un telegrama de Navarro dirigido a Carlos Rafael Rodríguez, director del periódico, en el cual el poeta invitaba a Carlos Rafael al acto y le pedía que me llevara. Yo me fui por delante en tren, y en el paradero de Manzanillo, cuando me disponía a tomar un taxi que me llevara a casa de Navarro, éste apareció con un grupo de amigos. Venía a buscarme. Simpatiqué en el acto con aquel viejo enérgico, feo, de voz profunda, cabellera blanca revuelta y gestos teatrales. Navarro me abrazó como a un hijo y fuimos a pie hasta su casa. La gente lo saludaba por la calle con ostensible respeto.

En la casa de Navarro bullía una multitud de invitados procedentes de toda la isla. Impresionado por aquel gentío, le pregunté a mi anfitrión por un hotel donde alojarme. Su respuesta me dejó perplejo: «Yo no invito a nadie a Manzanillo para que se aloje en un hotel. Usted se queda en mi casa como todo el mundo, y si no quiere, se regresa ahora mismo a La Habana». No obstante, como me pareció imposible que tantas personas pudieran acomodarse allí,

me fui a un hotel, el Inglaterra, que alguien me recomendó. El carpetero me dijo que había habitaciones disponibles y, puesto que decidí tomar una, me pidió una identificación. Le di el carnet del periódico. Al verlo, me preguntó si yo había ido a Manzanillo invitado por Navarro Luna. Le respondí que sí, y entonces, devolviéndome el carnet, me dijo que no podía darme la habitación porque Navarro había pedido a los hoteles de la ciudad que no alojaran a sus invitados.

De regreso al campamento en que se había convertido la casa del poeta, la mujer de Navarro, la infatigable y dulce mujer que fue Guillermina Lauten, me llevó al piso alto de la casa y me acomodó en la habitación de su hija Anita, que estudiaba en La Habana. De esta habitación se pasaba directamente al saloncillo donde Navarro tenía su oficina, en la que, aparte de un vetusto escritorio y una parca biblioteca literaria, había hileras de panzudos tomos de Derecho —Navarro era procurador público en ejercicio, con poco beneficio porque a los guajiros pobres, que eran la mayoría de sus clientes, no les cobraba. En un rincón de la pieza había una diminuta cocina donde el poeta colaba café constantemente.

La primera noche, de madrugada, me despertó un movimiento en la cama. Al abrir los ojos, vi levantado el mosquitero, a Navarro delante de mí, en camiseta y calzoncillos, empuñando una pavorosa taza de café humeante. Me susurró: «Arriba, Manolito, que va a salir el día; tómate este café y levántate, muchacho, para que le veas el puño al amanecer». Ya en el salón-oficina, desvelado y sintiendo aún en los huesos el estropeo del viaje de diez horas en tren desde La Habana, fui testigo de una escena que no hubiera imaginado jamás. Por la otra puerta de la casa, la que daba a la calle lateral y que tenía una escalera que subía hasta el despacho de Navarro, entró un negro viejo, alto, enjuto, vestido con una guayabera blanquísima y tocado con un jipijapa. Cándido se llamaba y era músico de la Banda Municipal, en la que Navarro había tocado el bombardino y para la que había compuesto el *Himno de Manzanillo*. Después de dar las buenas horas, beberse un sorbo de café y encender un puro, se sentó al escritorio, abrió un cuaderno de papel pautado, afiló unos lápices y esperó. Esperó a que Navarro, que caminaba caviloso de un lado a otro de la habitación, comenzara a tararear la melodía que él debía transcribir en notas en los pliegos de música. Concluida la parte melódica, vino la de poner la letra, que era un poema de Navarro que éste recitó con lentitud, haciendo pausas entre verso y verso para que su amigo lo fuera insertando en la partitura. Así quedó lista una canción que, con Cándido a la guitarra, Navarro interpretó pésimamente junto a la entornada puerta de su alcoba para despertar a Guillermina. Este ejercicio trovadoresco se repitió todas las mañanas en el tiempo que fui huésped de aquella peculiar familia.

Hubo otro momento en que la caballerosidad de Navarro fue aún más bizarra. Poco tiempo después, el poeta se trasladó a La Habana y se instaló permanentemente en una habitación de la quinta planta del hotel Colina, situado frente a la Universidad. Allí solíamos hacer tertulias los poetas jóvenes del momento, sobre todo Heberto Padilla, Roberto Branly, David Chericían y

yo. La habitación de Navarro, atiborrada de libros, periódicos, revistas, folletos, sobres, carpetas, cuadernos e impresos de toda laya, parecía una biblioteca bombardeada. En ella no se podía caminar, y para sentarse en una silla o en el borde de la cama, había que arrollar masas impresionantes de papeles y ropas. Tenía Navarro, del salón en el ángulo oscuro, una mesita con un infiernillo eléctrico en el que, fiel a su costumbre, hacía café constantemente. Cuando Guillermina llegó de Manzanillo, el orden comenzó a imponerse poco a poco sobre aquel caos. Un día le avisaron a Navarro de que a las ocho de la noche pasarían a buscarlo para que diera un recital no recuerdo dónde. Él era puntualísimo y a las ocho menos cuarto ya estaba preparado para salir. A Guillermina le faltaba recoger una estola en la habitación de una vecina que se la iba a prestar. Navarro le dijo que recogiera la estola en seguida y que él la esperaría en el recibidor del hotel. En el recibidor, en vista de que Guillermina demoraba, al viejo comenzó a corroerlo la impaciencia. A la tercera vez que el ascensor bajó sin Guillermina, Navarro no pudo más y rojo de furia, enroscándose sobre sí mismo y llevándose los puños cerrados a la cabeza en gesto de desesperación típico de él, exclamó: «Me cago en las mujeres todas, pendientes siempre de los cabrones trapos y haciéndonos llegar tarde a todas partes...». Y en ese momento apareció Guillermina en la puerta del ascensor, sonriente y suave como era. Navarro, logrando un prodigio de transfiguración, se recompuso al instante e insinuando una reverencia le musitó: «Guille, mi vida, te demoraste un poco».

De las incontables conversaciones que sostuve con Navarro en el hotel Colina recuerdo especialmente una sobre la «función política» de la poesía, tema recurrente en la época. El viejo, que había aportado al vanguardismo cubano un libro primaveral como *Pulso y Onda*, en aquella conversación hizo una defensa apasionada del realismo socialista y vino a sostener que a la poesía solo le era dable la «función política» en el poema-denuncia, en el poema-arenga, en fin, en el poema-panfleto. Escribió muchos poemas de este tipo en sus últimos años. Los consideraba parte de sus servicios a la revolución. A mi ver, lastraron su obra y no le hicieron favor alguno a su prestigio literario. También yo, movido por el entusiasmo político, había escrito poemas-panfletos y esta experiencia, entre otras, me había convencido de que el poema se desvirtúa cuando rebajamos la palabra a la condición de sierva maquillada de una consigna o una doctrina.

En plena «crisis de los misiles» —aquella tenebrosa coyuntura en medio de la cual un Fidel Castro «montado» por el espíritu de Atila aconsejó a Nikita Jruschov que la URSS diera el primer golpe nuclear—, Navarro, Branly y yo constituimos una «brigada poética» y nos fuimos a las trincheras de la costa norte de La Habana, en uniforme de campaña y con pistola al cinto, a leerles poemas a los milicianos al pie de las antiaéreas y subidos en cajas de municiones. Emulábamos a aquel Miguel Hernández de la foto en que aparece recitándole a la tropa.

En 1962, poco antes de morir en La Habana entre periódicos y libros en una cama del Hospital Calixto García, su incontenible generosidad indujo a Navarro a publicar en la revista *Verde Olivo* una serie de largos artículos con el

propósito de dar un espaldarazo a sus colegas jóvenes. Escribió sobre Padilla, sobre Branly y sobre mí. En el artículo que me dedicó se lee: «Manuel Díaz Martínez acaba de cubrir la ruta de su adolescencia. Tiene, por consiguiente, veinticinco años. Veinticinco ramas limpias, brillantes y sonoras, surgidas de un árbol, como la vida de este muchacho, sembrado en tierra de primera».

Mi jefe inmediato en la Imprenta Nacional era Enrique Labrador Ruiz, el de los «cuentos gaseiformes» y los «novelines neblinosos». Uno de los mejores narradores de la Cuba contemporánea. Mi tarea consistía en leer los libros que Labrador me daba y evaluarlos con vistas a su publicación. Era un trabajo bastante ingrato por la enorme cantidad de basura, nacional y extranjera, que debía leer por cada libro aceptable que llegaba a mi mesa. Labrador, malévolo e ingenioso, hombre que había vivido intensamente en el vórtice del periodismo, la cultura y la política del país, me resarcía de mi casi constante tedio con su fascinante conversación, cuajada de anécdotas que me enseñaban más historia de la Cuba republicana que la que se pudiera aprender en los libros. Aunque un día, según me contó él y me corroboró Regino Pedroso, le orinó la cabeza al novelista Enrique Serpa en el paroxismo de una borrachera, sus fobias más auténticas e irreprimibles eran Alejo Carpentier y Nicolás Guillén. ¡Qué odio, por Dios, qué odio les tenía! Y un día de 1961 sucedió que el Che Guevara —entonces ministro de Industria— llegó al edificio del antiguo periódico *Información*, en la calle San Rafael, donde trabajábamos Labrador y yo y radicaba la Dirección de la Imprenta Nacional, y destituyó al director que había, un aguerrido agitador del Partido Socialista Popular que de libros sabía más o menos lo que sabe una polilla, y nombró como nuevo director a Alejo Carpentier. Enterarse Labrador y empezar a recoger sus cosas para irse fue lo mismo. «Con el francés no me quedo», dijo. Y se fue. Se asiló en la playa de Guanabo, donde entre el sol, el mar y el ron se puso como langosta hervida, con sus ojillos redondos, saltones y negros más parecidos que nunca a los de un pez. En una ocasión, cuando ya Carpentier, en plan de nuevo jefe, había instalado su despacho en la casona señorial que albergó la redacción del desactivado periódico *El Crisol*, vi, y oí, a Labrador, quien, en busca de su sueldo (la caja estaba arriba), subía las escaleras de mármol envuelto en vapores etílicos y cantando a toda garganta una extraña y monótona canción: «Me cago en la madre de Alejo Carpentier, / me cago en la madre de Alejo Carpentier / bis, bis...»

Cuando Enrique Labrador Ruiz abandonó su puesto (no su sueldo) en la Imprenta Nacional, me quedé mano sobre mano, sin libros que leer. Así estuve unos días hasta que, en vista de que nadie se acordaba de mí, decidí visitar al nuevo director para que me aclarara mi destino. Carpentier, con quien yo nunca había intercambiado ni media palabra, me recibió en su despacho de *El Crisol*. Le expuse el asunto que me llevaba a verlo y, con ese tono despectivo en que por su falta de gracia incurría con frecuencia, me dijo: «Ah, chico, sí, tú erres del grgrupo de Labrradorr Rruis». «No», le aclaré, «yo no soy de ningún grupo, soy empleado de la Imprenta Nacional y, como usted es el nuevo director, vengo a que me diga qué debo hacer.» Dispuso que me instalara en un salón contiguo a su despacho y que me ocupara de la «folleterría». En el

par de meses que estuve allí no vi un folleto, pero me cansé de escribir poemas. Una mañana, después de la serenata que le dedicó Labrador subiendo las escaleras en busca de su paga, Carpentier me pidió que me trasladara al local que habían ocupado, en la Calzada de Reina, los ya inexistentes periódicos *Excelsior* y *El País*, que habían sido del millonario y ex senador Alfredo Hornedo, para que echara una mano, como corrector de estilo, a quienes allí hacían *Obra Revolucionaria*, que eran unos cuadernos horribles de papel de estraza donde se reproducían, maquillados y purgados de las imperfecciones de la improvisación y la ignorancia, los discursos de los notables del régimen. Alejo me aseguró que mi permanencia en aquel sitio no duraría más de dos semanas, el tiempo justo que estaría de vacaciones el empleado que yo iba a sustituir. La oficina, calurosa, mal amueblada y sucia, situada en los altos de la vieja imprenta de los periódicos, era repelente, y en ella encontré dos personajes aún más repelentes que el lugar. Uno era la mujer del jefe —en realidad era la que mandaba—, una sesentona enteca, avinagrada, petulante, autoritaria, eternamente vestida de negro —tenía luto de sí misma—, que pretendía saber más gramática que Andrés Bello y resultaba irresistible como simbiosis de Nebrija y Bernarda Alba. El otro era un mulato joven, sodomita ostensible, que trabajaba de corrector de estilo y aseguraba ser periodista y también poeta. Esta erinia en sepia adulaba sin recato a la jefa y hacía que ésta me asignara los textos más urgentes y farragosos. Terminó siendo víctima de un crimen pasional: un día apareció desnudo y cosido a puñaladas en un cuarto de hotel. El problema surgió cuando, casi tres meses después, intenté regresar a mi puesto de analista literario y descubrí que Alejo Carpentier dolosamente me había desterrado a *Obra Revolucionaria*. (Era mi primer exilio involuntario.) Mi indignación fue de tal magnitud, que opté por no ir más a la oficina. Cuando me telefonaron de parte del «compañero director» para que yo explicara el motivo de mi ausencia, le dije a la señorita que me llamó: «Mi amor, dile al compañero Alejo que la bruja de *Obra Revolucionaria* lo está esperando para que ocupe mi puesto, y que el dinero de los días que he trabajado y no he cobrado se lo regalo para que invite a comer a Labrador Ruiz».

Años después, estando yo con un grupo de escritores latinoamericanos en un bar del hotel Habana Libre —recuerdo entre los presentes al novelista ecuatoriano Pedro Jorge Vera y al poeta paraguayo Elvio Romero—, sentí una mano que me oprimía el hombro al tiempo que una voz conocida exclamaba: «¡Muchacho, cuánto tiempo sin verte!» Me volví, y ante mis ojos un Alejo sonriente derramaba cordialidad por todas partes. Me invitó a una cerveza y estuvimos un largo rato conversando en la barra como íntimos amigos. Me hubiese gustado que ésta fuera la última imagen suya en mi memoria, pero lamentablemente es la de un Alejo Carpentier viviendo en París sin aguacero y tomando partido por los carceleros del poeta Padilla.

Era mi primera salida de Cuba y quería despedirme del maestro. Aquella mañana habanera de diciembre de 1959 lo encontré en su mezquino despacho de funcionario menor del Instituto Nacional de Cultura, en el Palacio de Bellas Artes. Lezama me recibió con su habitual cordialidad, chispeante y

fina. De pie junto a él, en el instante en que llegué, estaba una muchacha que yo nunca había visto. Lezama me la presentó como su nueva secretaria.

Me fui a Europa y al año justo volví a aquel despacho de Bellas Artes. Allí, detrás de un minúsculo escritorio, estaba la muchacha, que se acercó a la mesa de Lezama para escuchar mis relatos de viajero. Los que más le gustaron fueron los que tenían que ver con París. La atraían Francia y sus pintores y escritores, y me dijo que estaba pensando perfeccionar su francés en una escuela de idiomas. «Si quiere la acompaño cuando vaya a matricularse y así me matriculo con usted, porque yo también quiero estudiar el francés como se debe», le dije. Aceptó, y aquella tarde nos vimos en la oficina de la Berlitz. Al salir de la academia, ya de noche, la invité a un Martini en el bar Carabalí y luego a cenar en el Ember's Club, que era una *trattoria* de moda en aquella Habana que ya empezaba a dar las primeras boqueadas bajo *le nouveau régime*.

Seis meses después, Ofelia y yo nos casamos en el apartamento que el poeta Roberto Branly ocupaba en la tercera planta de un edificio del Vedado. Lezama quiso ser padrino de la boda y nos regaló un plato chino de porcelana obsesivamente decorado con mariposas. Su obesidad y su asma le impidieron subir las escaleras que conducían al piso de Branly, de ahí que sea el gran ausente en las fotos del brindis.

Al poco tiempo Ofelia dejó de trabajar con Lezama, pero nuestra relación con el maestro se mantuvo viva. Más tarde, a mediados de los sesenta, sería yo quien trabajaría con él, en el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias. En aquella época nuestra amistad llegó a ser, como diría ¿René Char?, tan cotidiana como la vida. No sé cuántas veces nos prestamos dinero. Lezama me decía cosas como ésta: «Joven, si su huerta se lo permite suminístreme unas hojas de lechuga hasta el próximo sueldo»; o le decía yo: «Maestro, pásame diez talentos para llegar a fin de mes». Hubo un tiempo en que los domingos por la mañana me iba a su casa a conversar con él hasta la hora del almuerzo. La vieja Baldomera, que lo había criado, octogenaria ya y sorda como un ladrillo, a quien Lezama llamaba «el mastín de Castilla» y a quien metió en *Paradiso* con el nombre de Baldovina, nos traía café, anís, coñac o lo que Joseíto, dando voces estentóreas, le pidiera.

En 1967, cuando me dieron el Premio Nacional de Poesía de la UNEAC, que incluía la suma de mil pesos, invité a Lezama y a Lorenzo García Vega a almorzar. Llevarlo a comer era el regalo que Lezama agradecía más en aquella época de escasez. Respondió a mi invitación exclamando: «¡Campanas, campanas de gloria en mis oídos suenan!». Conseguí reservar una mesa en el restaurante del hotel Habana Riviera, toda una hazaña entonces. Lezama era un glotón de marca olímpica y en aquel almuerzo pensé que lo perdíamos. A los postres, le dijo al camarero: «Joven, me trae una cuña generosa de *kake* de chocolate custodiada por dos bolas, también generosas, de helado de vainilla». Semejante postre le fue servido en plato grande y lo devoró con la celeridad que lo caracterizaba en la mesa. Lezama era un fumador que no se quitaba el puro de la boca. Aprovechando que estábamos en un hotel de lujo donde el tabaco no estaba racionado —en «la tierra del mejor tabaco del mundo», por

la libreta de racionamiento solo daban cuatro o cinco horribles tagarninas al mes, y quien quisiera más tenía que conseguirlas de estraperlo y pagarlas como perlas—, le pedí al camarero que trajera los mejores puros que tuviera. El empleado abrió ante nuestros ojos una provocadora caja de Partagás y le dije a Lezama: «Maestro, aproveche y sírvase a su gusto». Nunca se borrará de mi mente la escena de aquel hombre, feliz como niño en una confitería, llenándose de tabacos los bolsillos de la chaqueta. Minutos más tarde, encendiendo uno a la vera de una taza de café, clausuró el banquete con un comentario de resonancia rabelesiana: «Así deberíamos almorzar y comer todos los días».

Cuando empecé a trabajar en el Instituto de Literatura y Lingüística, el administrador de ese centro era un señor amable que sentía respeto por los investigadores que allí prestábamos servicio (Lezama, García Vega, Branly, Armando Álvarez Bravo y yo) y lo demostraba haciendo malabarismos para facilitarnos la tarea. Pero un mal día este hombre falleció y el profesor José Antonio Portuondo, director del Instituto, trajo en calidad de suplente temporal a un sujeto de apellido Valdés, retórico, sonriente y torvo, que desde el primer momento nos declaró la guerra, una guerra subterránea, administrativa, de intriguillas y aviesas maniobras oficinescas. Su guerra iba contra todos nosotros por cuanto éramos intelectuales —es decir, gente ideológicamente blanda, nada fiable—, pero de manera más sostenida contra Lezama, a quien además acusaba de homosexual. Valdés procedía de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, donde estaba emplantillado como empleado civil, y venía saturado de prejuicios políticos y machistas. Tan persistente e irritante llegó a ser la hostilidad de este hombre contra nosotros, que decidimos darle las quejas a Portuondo. Éste se mostró receptivo y preocupado y nos prometió ponerle coto a la situación, incluso nos aseguró que si Valdés continuaba molestándonos lo devolvería sin más ni más a su lugar de origen. Sin embargo, aunque la situación no cambió ni un ápice, lo que hizo Portuondo fue dejar fijo a Valdés como administrador del Instituto. En este contexto, una mañana, al llegar yo a su despacho, Lezama me lanzó esta enigmática pregunta: «¿Sabes si ya llegó el señor juez?» «¿Quién?», fue mi respuesta. «El señor juez», recalcó. «Perdone, maestro, pero no sé por quién me pregunta», le dije sin salir de mi confusión. Y me replicó: «Por el doctor Portuondo, chico. ¿Es que tú no ves películas del Oeste? En los Oestes los granjeros van ante el juez a denunciar las tropelías de los cuatrerros, pero resulta que el juez es el jefe de la banda».

Otra escena que no olvido es la de Lezama, lloroso y demacrado, al pie de la recién cerrada tumba de su madre, recibiendo el pésame de sus amigos. Cuando le llegó el turno a Alejo Carpentier, éste le dijo en tono cariñoso mientras le estrechaba con fuerza la mano: «Tienes que serr fuerrte, Lezama, no te puedes derrumbarr», a lo que el viejo poeta respondió entre lágrimas: «Alejo, tú sabes que nunca me he caracterizado por ser británico».

La última vez que oí la acezante voz de Lezama fue por teléfono. Era el día de Año Nuevo de 1976 —el año en que falleció— y Ofelia quiso que yo lo llamara para saludarlo y saber de él. Cuando me identifiqué, al otro lado de la línea sentí a Lezama exclamar: «¡Muchacho, te veo venir dando brazadas!».

Una de esas tardes dominicales y densas de verano habanero con bolero al fondo, allá por el año 57, llegó a mi casa el poeta Roberto Branly con el propósito de acordar conmigo una estrategia urgente para matar el tedio. A falta de algo más atractivo que estuviese al alcance de nuestras posibilidades pecuniarias (en verdad estábamos *in albis*), decidimos hacerle una visita a un amigo suyo, también poeta, que vivía en un vistoso chalet del Nuevo Vedado. Culto y acogedor además de pudiente, este amigo daba buena conversación y excelentes copas a quienes lo visitaban.

Luego de recibirnos con abrazos y cumplidos, el amigo de Branly quiso presentarnos a un huésped muy especial que tenía en esos momentos y para el que estaba preparando «algo» en la cocina. Nos llevó al salón climatizado donde se hallaba el ilustre visitante y allí vimos a un hombre flaco, hundido en un butacón, con las piernas cruzadas y las manos puestas, una sobre otra, en una picuda rodilla. Al entrar nosotros, el hombre se levantó y nos dedicó una cierta sonrisa al tiempo que nos daba la mano y nos decía su nombre.

Virgilio Piñera estaba recién llegado de Buenos Aires. La primera parte de la conversación, por preguntas nuestras, giró en torno a sus experiencias porteñas y a su amistad con Witold Gombrowicz. Pero pronto se hizo evidente que no le interesaba hablarnos de él, sino saber de nosotros. Yo le llevaba al dueño de la casa, que seguía trajinando en la cocina, un ejemplar de mi segundo libro, *Soledad y otros temas*, recién publicado, y Virgilio quiso verlo. Leyó para sí tres o cuatro poemas, enarcando las cejas y esbozando una sonrisa ladeada que no me gustó. Al terminar la lectura no me dijo nada de los poemas. Se limitó a comentar con leve ironía una cita de Unamuno, una suerte de ética poética bajo cuya advocación había puesto yo mi libro, y esto tampoco me hizo feliz. Cuando nuestro anfitrión reapareció, radiante, parlanchín, diciendo cosas banales, con una tintineante bandeja de tragos y saladitos, Virgilio, Roberto y yo estábamos en un silencio neblinoso.

Algún tiempo después me encontré con Piñera en la calle y me pidió que lo acompañara a su casa, que era la de sus padres. Allí me dedicó sendos ejemplares de sus libros *La isla en peso* y *Verso y Prosa*, gesto que me llenó de sorpresa porque estaba muy lejos de la desdeñosa frialdad con que había acogido mis poemas.

Muy al principio de 1959, él y Pepe Rodríguez Feo decidieron sacar otro número de *Ciclón*, que sería el último, el «*Ciclón rojo*» (por el color de la portada). El plan editorial para ese número incluía la publicación de textos de escritores jóvenes de Cuba, razón por la cual fuimos invitados a colaborar Luis Marré, Severo Sarduy, Nivaria Tejera, Roberto Branly, Rolando Escardó, Pedro de Oraá, Frank Rivera y yo, entre otros.

Yo había escrito mi primer cuento, «Insubordinación», no hacía mucho. Lo escribí a instancias de Branly, a quien mi poesía de esa época le gustaba tan poco que me aconsejó que probara con el cuento. Se lo di a Rodríguez Feo para la revista. Días después, éste fue a verme a la redacción de *Diario Libre*, en la calle Barcelona, donde Sarduy, Frank Rivera, Raimundo Fernández Bonilla y yo hacíamos la página cotidiana «Arte y Literatura», y me dijo

que él y Virgilio habían aprobado mi cuento, pero que era muy corto y querían que les diese otro más. Ese otro, «Un hecho histórico», que le prometí a Pepe como ya escrito, lo escribí aquella misma noche. Al día siguiente, Pepe me citó en una céntrica cafetería habanera para que se lo entregara. Llegué temprano a la cita y pedí un café con leche. Él llegó puntualmente, tripulando su Cadillac rojo descapotable, un escándalo público, la única excentricidad, aparte de una eventual e infantil tacañería, que le conocí a este millonario exquisito, mecenas de revistas literarias. Leyó mi cuento mientras se bebía un café con leche y cuando terminó la lectura me dijo que le gustaba el texto, le dio al camarero los estrictos diez centavos de su café con leche y se despidió. Mis dos cuentos fueron incluidos, para mi alegría de entonces y mis nostalgias de ahora, en aquel número final de *Ciclón*, la revista de cuyas páginas Virgilio desterró la crítica «de algodón» y la literatura «de rapé» y donde de su huesuda mano hicimos una auténtica presentación literaria en sociedad.

En junio de 1961 se celebraron en La Habana, en la sala de actos de la Biblioteca Nacional, las patéticas reuniones de los intelectuales cubanos con Fidel Castro, entonces nimbado por la cegadora luz del triunfo y con tanto poder o más que un monarca del absolutismo clásico. Un fantasma gris que yo no vi recorría la sala. Era un fantasma georgiano al que ya algunos de los presentes, de pupila privilegiada, le veían el mostacho y la pipa. Virgilio estaba entre los videntes, luego era de los que empezaban a sentir miedo, y fue, creo, el único que tuvo el coraje de decir que lo sentía. Pero en él, cubano al fin, siempre fue más fuerte el humor que el temor. Por eso no desperdició la oportunidad que le dio Bola de Nieve para desenvainar la lengua. Bola, de terno blanco, corbata de seda de nudo perfecto, zapatos de dos tonos y envuelto en una nube de *Femme de Rochas*, echó ante el Comandante y su corte una sofocante perorata revolucionaria. Cuando, acezando, feliz por su éxito tribunicio, terminó, entre los aplausos de la divertida concurrencia oímos a Virgilio exclamar, atónito: «¡¿Pero es que Bola se ha creído que es la viuda de Robespierre?!».

Virgilio se movía entre lo humorístico y lo patético. Lo humorístico era la corteza; lo patético, la médula. Una mañana fui a su pequeño apartamento habanero a hacerle una entrevista para un periódico. Me abrió la puerta en camiseta, bermudas y chanclos de madera. Sudaba y sostenía en una mano un palo de trapear el suelo. «¿Estás en las tareas propias de tu sexo?», le pregunté chanceando, y me respondió muy serio: «¡Búrlate! Tú no sabes lo que es ser maricón en este país y vivir solo».

En una terraza de la Unión de Escritores conversábamos un mediodía Virgilio Piñera, Eliseo Diego, Roberto Branly, Fayad Jamís y yo. De repente, mi hija Gabriela, que entonces tenía cinco o seis años, interrumpió la tertulia para pedirme una hoja de papel y un lápiz porque quería dibujar. Le dije que fuera a la oficina de la revista *Unión*, situada en la misma casa, y se lo pidiera a José Rodríguez Feo, que era el secretario de la revista y en esos momentos estaba allí. Gabrielita salió disparada adonde la mandé. Al minuto volvió y, casi gritando, dijo: «¡Ese Pepe Rodríguez es un pesao, no me dio na!», comentario ante el cual, abriendo exageradamente los ojos y haciendo un gesto de

asombro con las manos, Virgilio exclamó: «¡Uy, qué niña más inteligente! En efecto, Pepe es el hombre más pesado de Cuba. ¡Y además le puso nombre de guitarrista flamenco!».

La última vez que hablamos, poco antes de su muerte, fue en la calle Infanta, en uno de esos encuentros fortuitos que se repetían porque éramos vecinos del mismo barrio. Virgilio sufría aún los tormentos del pavonato, aquel estado de sitio o toque de queda impuesto a la cultura desde la oficina del ministro de las Fuerzas Armadas, el inefable Número Dos, con la entusiasta asistencia del Segundo Cabo Luis Pavón. Virgilio seguía siendo un escritor prohibido en Cuba por ser homosexual y dado a la «literatura pesimista». Por ser un intelectual «epiceno», como lo llamó Raúl Roa. De ahí la perplejidad —que fue mía también— con que me contó que acababa de regresar de Cárdenas, su ciudad natal, donde los funcionarios locales de Cultura lo habían homenajeado como «hijo ilustre» del municipio y lo habían invitado a dar conferencias y recitales durante una semana, con los gastos pagados. Virgilio me contó eso como quien cuenta un sueño, y cerró su relato con una pregunta que me partió el corazón: «¿Crees que esto significa que ya estoy rehabilitado?».

Murió sin que tuviésemos respuesta para esa interrogante.

Fue el narrador y poeta gaditano Fernando Quñones quien me llevó, una noche de 1987, al piso madrileño de Alberti y me presentó al poeta. Cuando llegamos, Alberti pintaba sentado ante una mesa cubierta de pliegos, tarros de plaka, plumones y pinceles. El viejo no dejó de pintar durante el tiempo que duró la visita: atendía a la conversación mientras elegía colores, mojaba pinceles y hacía trazos lentos y muy calculados sobre una cartulina. A un reclamo suyo, alguien de la casa trajo vasos y una botella de vino. Fernando, como siempre, animaba la tertulia con sus ocurrencias y, en un momento de distracción, Alberti estuvo a punto de beberse —el primer sorbo se lo echó a la boca— el agua negra de enjuagar los pinceles, habiendo confundido el vaso en que ésta estaba con el del vino que acababan de servirle.

Mi relación con Alberti fue superficial y esporádica. En febrero de 1990 coincidimos en Turín, en un congreso internacional de homenaje a don Antonio Machado. Allí, acompañado siempre por el poeta granadino Luis García Montero, tuvo la gentileza de decirme que le había gustado mi ponencia. Meses después, a fines de aquel año, volvimos a estar juntos en otro congreso, éste celebrado en Cádiz y dedicado a la Generación del 27. A este congreso, además de Alberti, asistieron otras tres reliquias del 27: Rosa Chacel, Francisco Ayala y Pepín Bello. Me parece estar viendo a Alberti, con ancha camisa floreada y gorra de capitán de yate, sentado a una mesa del comedor del gaditano hotel Atlántico con el mitológico y simpático Pepín Bello, el más cercano cómplice de Lorca y Dalí en la Residencia de Estudiantes. También lo recuerdo, una noche, avanzando por un pasillo del hotel, enfundado en un espléndido terno azul y luciendo una airosa corbata carmesí. «Don Rafael, qué elegante se ha puesto», le dije, y me respondió muy serio, haciendo un mohín de resignación: «Me han obligado a vestirme así para ir al teatro».

Alberti llegó a La Habana en febrero de 1991 para recibir, de manos de Fidel Castro, la Orden José Martí. No obstante las declaraciones favorables a la *perestroika* que en 1990 hice en Italia a las agencias noticiosas Reuter y France Press y por las cuales, en mi ausencia, mi mujer recibió en nuestra casa de La Habana la visita de un quejoso funcionario del comité central del partido, fui invitado por la UNEAC a recibir a Rafael Alberti en el aeropuerto.

El gobierno cubano lo alojó en una casa de protocolo, un coqueto chalet ajardinado en el que había lo que faltaba en la calle, empezando por neveras bien surtidas. Lo llevaron allí —en el coche que le asignaron, con chofer-policía incluido— para que lo pasara bien en Cuba, aislado de la tenebrosa realidad del país, de la que, al parecer, no se enteró nunca.

El cóctel oficial por la entrega de la Orden se celebró en un salón de protocolo en el faraónico edificio (construido por Batista para los tribunales) que ocupa el comité central del partido. Para ese cóctel recibí una invitación —letras doradas impresas a relieve en cartulina apergaminada— de Fidel Castro.

Si memorable es la pantagruélica epopeya de las comidas y bebidas de Cuba que, en mesa sueca, el Comandante ofreció a sus invitados mientras en la oscura noche de la isla el hambre, como una loca, tocaba a todas las puertas, más memorable aún me parece el entusiasmo épico-fúnebre en que súbitamente ardió el poeta Roberto Fernández Retamar. Momentos antes de pasar al salón comedor, cuando, moviendo grácilmente sus finas manos el Máximo Líder se derramaba en eutrapelias ante Alberti y su mujer, se oyó de pronto la engolada voz de Retamar: «Mira, Fidel, aquí hay dos escritores jóvenes muy valiosos que acaban de ganar premios importantes en el extranjero y que al igual que nosotros están dispuestos a morir en una trinchera por la revolución». Castro, que miró atónito a Retamar sin dar señal alguna de estar interesado en conocer a esos escritores jóvenes a que se refería el poeta, se volvió hacia los allí reunidos y, alzando los brazos por encima de la cabeza, exclamó con remarcado tono sarcástico: «¡Pero oigan a Retamar, ahora resulta que Retamar está apocalíptico!». «Es verdad, Fidel, ellos están dispuestos a morir como nosotros», insistió, anafórico, el poeta. Y Fidel, sin bajar los brazos y paseando su mirada burlona sobre todos, volvió a exclamar: «¡Pero quién le ha dicho a Retamar que nos queremos morir! ¡Está apocalíptico!». La novelista Mary Cruz, que estaba a mi lado, me susurró, incrédula: «Díaz Martínez, ¿usted está viendo y oyendo lo mismo que yo?».

Meses después, en México, don Rafael afirmó en una entrevista que él detestaba la muerte y que le gustaría que la gente se muriese hablando. Al leer estas palabras, pensé, hundido en la desolación: en Cuba, solo una persona morirá de la manera que le gusta a Alberti y las demás moriremos oyendo.

En lo que a la Cuba actual se refiere, Alberti, murió sordo y ciego, aunque no mudo. No quiso renunciar a la ilusión de que en la bulliciosa patria de su amigo y correligionario Nicolás Guillén se estaban haciendo realidad sus sueños de eterno militante comunista. Dominado por esa fantasía, don Rafael sí que se bebió, creyendo que era vino, el agua negra de los pinceles.